

LA PSICOLOGIA SOCIAL Y LA PSICOLOGIA POLITICA LATINOAMERICANA: AYER Y HOY

Angel Rodríguez Kauth

Universidad N. de San Luis

RESUMEN

En este artículo se analiza la influencia que ha tenido la Psicología Social en el nacimiento de la Psicología Política Latinoamericana. El análisis se hace a partir de los diversos paradigmas psicológicos dominantes que, junto a elementos políticos y económicos de la década de los 70, llevaron a la constitución de la Psicología Política de nuestro mundo hispano-hablante con características propias. En la actualidad la Psicología Política Latinoamericana se enfrenta a los mismos conflictos con los paradigmas europeos y norteamericanos que hace tres décadas tuvo la Psicología Social.

ABSTRACT

In this paper is analysed the influence of Social Psychology on the emergence of Political Psychology in Latin America. This review takes into account both the different dominant psychological paradigms and the convergence of several political and economical elements of the 70s. These two factors made possible the emergence of a Political Psychology with its own characteristics in Latin America. Today Latin American Political Psychology is faced to European and North American paradigms in a similar way to that in which three decades ago Social Psychology did.

Key words: political psychology, committed psychology, assistance psychology

Una rápida visión histórica

En la actualidad, la Psicología Política suele entenderse no sólo como un campo separado de la Psicología Social, sino fundamentalmente como un nivel superior de análisis e interpretación de la realidad, en el que se utilizan tanto conceptualizaciones psicosociales como políticas, históricas, ideológicas, filosóficas y económicas. Todo esto –cuando así lo realizamos– es resultado de una síntesis que absorbe e integra los datos psicológicos y sociológicos del entorno político por el que se encuentra atravesada la subjetividad, tanto la individual como la colectiva, para lograr un mayor

alcance teórico en los procesos de investigación, a la par que una mayor efectividad en cuanto al análisis, la comprensión y la intervención en los hechos político-sociales que ocurren en nuestro entorno. Al respecto, es oportuno recordar unas palabras de Félix Guattari expresadas en un periódico porteño, cuando dijo que: "*Me parece que lo que enriquece la potencialidad de un intelectual es su capacidad de dispersar su producción de registros heterogéneos*". Y los psicólogos sociales y políticos –o de cualquier especialidad que sea– no debemos aspirar solamente a ser eso que practicamos, sino que debemos convertirnos en auténticos intelectuales.

La Psicología Política apareció, con nombre propio y relativamente independiente dentro del contexto latinoamericano, en la segunda mitad de los años 80. Fue una consecuencia de los desarrollos experimentales y de campo realizados por algunos de los psicólogos sociales de la región, y a partir de una convocatoria que hiciera la psicóloga social venezolana M. Montero a los psicólogos del continente (Montero, 1987), quienes se hallaban inquietos por temas y fenómenos de tipo político e ideológico. Sin embargo, la disciplina ya existía en los Estados Unidos y en Europa. Aunque mantenían relaciones mutuas, también es verdad que presentaban diferencias importantes, tal como señala Parisi (1999): "*... las temáticas, los enfoques y los recursos metodológicos utilizados implican una distintividad del quehacer psicopolítico surgido en cada uno de ellos*".

Se trataba, en todos los casos, de psicólogos que habían cumplido dos condiciones necesarias para dar lugar a la superación dialéctica del estado de insatisfacción intelectual en que se encontraban. Estas dos condiciones a que hacemos referencia se pueden desarrollar paralela o interactivamente, según la situación laboral y la representación espacial que vive cada psicólogo en su quehacer psicosocial. La primera es haber atravesado los límites de la interpretación de hechos o datos puntuales –tanto de campo como de experiencias de laboratorio– ceñidos a una inmediatez circunstancial, en los cuales tradicionalmente se prestigiaba más el rigor de la aplicación metodológica como "deporte" intelectual (Rodríguez Kauth, 1992), que la explicación y la interpretación integral del fenómeno estudiado. La segunda es el estar en condiciones de asumir un compromiso reflexivo y práctico con la realidad política que se vivía por entonces, la cual abastecía de datos a los investigadores que, trascendiendo la frialdad del trabajo analítico de corte positivista o reduccionista, los sentían como suyos, identificándose así con los problemas.

Sin embargo, se debe aclarar que esas dos condiciones no son suficientes para estar en presencia de una Psicología Política con pretensiones de entidad científica; solamente se está en presencia del paso dado en aras de

la superación de lo que Maritza Montero e Ignacio Martín-Baró (Montero, 1987) llamaron el momento de la *psicología política inconsciente* al de la *psicología política consciente*. El primer momento –el alegremente definido como inconsciente, ya que no necesariamente estaba instalado en tal instancia psíquica– tuvo lugar cuando el quehacer profesional psicológico jugó un papel político decisivo para muchos psicólogos, sin haber tomado plena conciencia de lo que les estaba ocurriendo¹: ejemplo elocuente de esta posición fue el del ex Presidente de la Sociedad Interamericana de Psicología (SIP), Rogelio Díaz Guerrero (1971) cuando, durante su discurso de asunción de la conducción de la SIP en Montevideo, propuso un paradigma relacionado con la enseñanza de la investigación psicológica en Iberoamérica. En ese momento no interesaba definir ni saber para quién se trabajaba y cuáles eran los objetivos últimos; solamente importaba tener trabajo, subsidios, becas, etc.². Se puede recurrir a la psicología fenomenológica aplicada por Sartre (1943), relegada al olvido en la vorágine de teorías y paradigmas que inundan los estantes de las bibliotecas, por la cual la conciencia siempre es de "algo", es el *para-sí*. Aunque no interesaran las definiciones y objetivos anteriormente expuestos, esto es una prueba de la libertad –concepto central en el pensamiento de Sartre– que provoca "angustia" ante la responsabilidad asumida (opuesta a la ética de la convicción, Weber, 1929) en cada uno de los actos que se protagonizan. La huida de aquella angustia se realiza merced a la argucia de la *mala fe*, que se produce cuando la conciencia se miente a sí misma acerca de su realidad y termina cosificándola. Es decir, el individuo se miente a sí mismo –en este caso los psicólogos– sin perder la unidad de la conciencia.

Dicho paradigma mereció que oportunamente fuera replicado, en especial en lo que se refiere a sus argumentaciones sobre *los psicólogos poderosos versus psicólogos en desarrollo*, siendo los poderosos los que se mueven en el ámbito espacial e ideológico del imperialismo y, los otros, los que lo hacíamos en el Tercer Mundo. Para Díaz Guerrero existían cuatro diferencias en favor de los primeros: económicas, organizacionales, de desarrollo histórico y del uso de instrumental sofisticado. Pero se olvidó de una quinta diferencia que favorece a los psicólogos latinoamericanos "y que cada día se manifiesta con mayor intensidad: es la relativa al grado de concienciación o ideologización de los psicólogos latinoamericanos que, cada vez en mayor número, toman conciencia de su necesidad de comprometerse con sus pueblos y de participar, desde su papel de psicólogos, en los procesos de liberación latinoamericana en general y nacional en particular" (Rodríguez Kauth, 1972).

Para superar las cuatro barreras de separación mencionadas, Díaz Guerrero proponía un modelo de cooperación entre ambos colectivos de psicólogos, olvidando que la historia de los pueblos y de las ideas no es otra cosa que la historia de los conflictos (Cossier, 1967) y las luchas de clases (Marx, 1852), no la de la cooperación que, en general, ha representado el sometimiento de unos por otros. En todo caso, solamente es admisible la colaboración entre los oprimidos (Memmi, 1969), entre los colonizados que, en este caso, eran los psicólogos latinoamericanos para enfrentar al adversario común –en todos los campos, no sólo en el del saber psicológico– con un frente amplio y sólido que les permitiera superar la condición de subordinación a la que estaban siendo sometidos por los "poderosos".

Volviendo al planteamiento inicial, es preciso recordar que el segundo momento al que hacíamos referencia, estuvo representado de una manera ingenua por la alternativa de haber asumido un compromiso reflexivo y práctico con la realidad política. Es decir, se tomó conciencia de la situación afligida por la que atravesaban –y atraviesan– nuestros pueblos y, consecuentemente, se decidió poner el conocimiento y la praxis profesional psicológica al servicio de causas políticas e ideológicas y, más recientemente, de los movimientos sociales. Se entendía que el psicólogo, como profesional del estudio de la conducta –en cualquiera de sus diferentes escuelas– no se podía comprometer con una ciencia desposeída de sensibilidad social, que no se interesara por las condiciones de vida del pueblo para el que trabajaba, como se pretendió hasta entonces desde el colonialismo cultural. Se deseaba que el psicólogo, como otros científicos sociales, se comprometiera con su entorno, alejándose así de una ciencia aséptica de contaminaciones ideológicas³.

Para comprender mejor las posturas científicas⁴, que nos pedían colaboración, vale recordar unas palabras escritas hace más de 30 años: "Para entender el sentido del apoyo de los EE.UU. al desarrollo científico de los países dependientes, es necesario tener en cuenta la nueva estrategia de la colonización cultural. El razonamiento es simple: si se logra introducir en los países sometidos las pautas culturales de los países centrales, la relación de dependencia podrá disfrazarse de fraternal. El gran instrumento de esta estrategia es que la ciencia y la tecnología, mitos del siglo XX, es objetiva, universal y omnipotente. En consecuencia, todo razonamiento disfrazado de científico goza de inmunidad. Precisamente, una de las formas más nocivas de propaganda que utilizan los países centrales a través de su dominio de los organismos internacionales y del periodismo y la literatura científica especializada, es la propaganda disfrazada de ciencia." (Abrales, 1970).

Estos desenmascaramientos dieron lugar a que existiese una fuerte susceptibilidad frente a todo lo que viniese del América del Norte y, son en parte, los que despertaron las políticas radicales de enfrentamiento y lucha posteriores. Con relación a esto, el jurista español –que por entonces residía exiliado en Argentina- L. Jiménez de Asúa (1947) señalaba que "La política radical es la consecuencia de la opresión brutal: las continuas lesiones producidas en nuestro narcisismo por la explotación crónica producen reactivamente las actitudes radicales". Es decir, no se es radical o extremista⁵ en el quehacer ideológico por capricho, las circunstancias lamentables en que viven nuestros pueblos arrastraban, y arrastran, a ellas. Unos, seguramente la minoría, dan testimonio de lucha de tal condición, mientras que la mayoría se ha escondido de manera hipócrita para aprovecharse con "oportunismo" (Ferrater Mora, 1971) de las ventajas y las comodidades que conlleva la dependencia y aceptación del pensamiento dominante.

A fin de traer un dato que no es precisamente de alguien que se moviera en el ámbito de la dependencia, sino en el de, entonces, una centralidad relativa, recordemos que el psicoanalista austriaco I. Caruso (1971) señaló que "Basta con que el óptimo intercambio, el intercambio equilibrado con el nuestro sea transgredido en un sentido o en otro (subjetivismo excesivo o demasiada alienación) para que el mecanismo de intercambio se transforme plenamente en mecanismo de defensa. Los pueblos que cultivan intercambios amistosos entre sí se ponen a la defensiva cuando esos intercambios son perturbados en beneficio de uno de ellos".

Las consecuencias de estas *suspicias* comenzaron a perfilarse en la Argentina al final de los años 60 y cobraron un notable impulso hasta que se produjo la intervención militar en 1976. Aunque me he permitido calificar este momento de ingenuo –casi de una regresión infantil, si se quiere–, no se puede dejar por eso de reconocer que durante el mismo se denunció epistemológicamente que la psicología en realidad no se la asume como política, sino que se la ideologiza, cargándola de elementos contraideológicos. En definitiva, no sirve para otra cosa que para enmascarar con los colores propios –con los que cada uno se inviste– a la realidad cotidiana sobre la que se pretende actuar con la intención ideológica propia (Fernández Christlieb, 1987). Como efecto de esto, la consecuencia ocurrida –que da como resultado una síntesis superadora de los momentos anteriores– podemos desde la actualidad señalar que asistimos y participamos en el momento mismo del nacimiento e instalación de la etapa de la *psicología política propiamente dicha*. Es decir, como señala Parisi (1999), parafraseando a Kuhn (1962), es posible caracterizar a "... ése momento como el pertene-

ciente a una Revolución Científica al interior del pensamiento psicológico, especialmente el de las ideas de la Psicología Social".

La actualidad

Aquél último momento se caracterizó por el hecho de que los estudiosos e investigadores de la psicología social, siguiendo las propuestas de tal proyecto, comenzaron a trabajar los datos del comportamiento político/social con plena conciencia de lo que hacían; dicho trabajo no solamente lo realizan sobre la realidad externa, sino que también en el de la realidad interna que viven, viéndose afectados como analistas por los condicionamientos de clase y por la innegable parcialidad perceptiva. Son conscientes de que la situación puede sesgar la objetividad con que se elaboran los elementos de conocimiento, aportados por el entorno, y la realidad mediata que estructuralmente determina los cortes de análisis propuestos.

Sin perder de vista los propios intereses políticos –y porque no, también los ideológicos– el psicólogo que se ubica, en este crucial momento del desarrollo de la disciplina, puede trabajar, cualificar, cuantificar y evaluar los datos y hechos que le ofrece su cotidianeidad (y también los que traspasan esos límites, como son los que se producen en el orden internacional y que afectan de manera directa o indirecta su realidad inmediata), a partir del ejercicio de una reflexión intelectual y una práctica profesional, que le permiten acumular una mayor y mejor calidad de datos e información, facilitándole así una interpretación completa de la realidad en que se mueve y con la que trabaja.

En este punto creemos interesante hacer una observación sobre lo que venimos desarrollando acerca de términos muy comúnmente utilizados, tales como la "realidad inmediata", el "entorno", "el medio en que se mueve", "el pueblo que lo rodea", etc. Estos han sido, y continúan siendo, utilizados con mucha frecuencia y, más de una vez, hasta distorsionados. En sí mismas estas expresiones no contienen contradicción alguna pero, tomadas como estandarte para la lucha ideológica, pueden llevar al psicólogo social que las utiliza a entrar en la trampa de etnocentrismos de tipo folklórico, como así también en chauvinismos nacionalistas, los cuales corren el riesgo de enclavarse en el más neto corte autoritario. En todo caso, estimamos prudente que la utilización de dichas afirmaciones se haga sólo teniendo presente que lo "inmediato", "lo cotidiano", nunca se dan ni aparecen desligados de un contexto más amplio que los contiene y hasta los determina. Asimismo, y ya como observación ideológica personal, entendemos que el mundo camina poco a poco hacia una mayor integración⁶, aunque muchas veces todavía es entendida por los dirigentes poderosos como integración

dominante, y como subordinación de los pueblos que se pretende "integrar" a sus propios intereses. No se puede entender la globalización vigente en términos similares a los que oportunamente propusieran Marx y Engels (1848) de "*¡Proletarios del mundo, uníos!*".

Algunas de las prácticas propias de la Psicología Social tradicional, que han colaborado decisivamente para la constitución de la Psicología Política como tal, son –por ejemplo– la utilización de las ya clásicas encuestas electorales", tanto las preelectorales como las de *a pie de urna* (Rodríguez Kauth, 2000), que generalmente sirven para que los políticos manipulen en beneficio de sus intereses aquello que se conoce como los "votos indecisos" o los "votos vergüenza" (Sánchez Moreno, 1996).

La Psicología Política Crítica que estamos proponiendo, difícilmente podrán incorporar estas prácticas si pretenden ser meros recuentos de respuestas muestrales. Aunque las organizaciones mercantiles de medida de la opinión pública, los partidos políticos y las empresas periodísticas utilizan solamente estos datos –con sus particulares propósitos– para reflejar la popularidad de un candidato o bien la intención electoral previa a unas elecciones, no podemos dejar decir que la actividad de la Psicología Política va más allá. El investigador que pretenda hacer la Psicología Política que proponemos debe ir más allá en su proyecto investigador –aunque a las empresas no les interese en lo inmediato. Debe dedicar parte de su tiempo a profundizar las relaciones existentes entre los fenómenos a estudiar que le encargan, con otro tipo de variables, tales como la desesperanza, la participación social y política, la exposición a la influencia de los medios masivos de comunicación, la tolerancia/intolerancia política, racial y religiosa, la percepción de fenómenos políticos como la corrupción, el papel del Estado en sus obligaciones elementales⁷ y tantos otros aspectos que convierten estos estudios en macropsicosociales. Es obvio que esto no implica dejar de lado los aspectos referidos al estudio e investigación de características psicológicas –individuales y de micropsicosociología– que se realicen con el trabajo en pequeños grupos o con historias de casos.

En este punto del discurso estimamos oportuno señalar algo más sobre lo que "no" es la disciplina que nos ocupa, puesto que aún existen –dada la juventud de la disciplina– confusiones observables sobre nuestro papel. Quizás un fenómeno por demás notable –que viene desde antiguo, no solamente entre los psicólogos, sino básicamente de algunos filósofos políticos– son los intentos realizados por los psicólogos para psicologizar los hechos políticos, independientemente de si cabe hacerlo o no hay lugar para tales interpretaciones. Suele ser un lugar común por parte de algunos colegas, interpretar la conducta política de los dirigentes, o la que se desprende del

texto de los discursos políticos, a partir de la psicologización del fenómeno, descontextualizando la mayoría de las veces el hecho del espacio en que se ha producido. Así es posible observar, sobre todo a nivel periodístico, que psicólogos, generalmente utilizando terminología psicoanalítica⁸, atribuyen características de personalidad o aventuran diagnósticos psicopatológicos sobre el dirigente político (Rocchini, 1991) o sobre el electorado. Desde hace cincuenta años que se viene repitiendo sistemáticamente que A. Hitler estaba loco, pero con esta afirmación difícilmente se puede explicar o comprender el fenómeno del nazismo alemán. El hitlerismo se expande por el Tercer Reich no porque un pueblo hiciera suyos los delirios megalómanos del fñhrer. En todo caso se trata de un pueblo que, sin estar loco, realizó partes del discurso nazi, en razón de características sociohistóricas que se atravesó después de la derrota en la Gran Guerra y el fracaso de la República de Weimar. En cualquier caso, hoy los psicólogos políticos no podrán tener acceso a una respuesta sobre el tema de la Alemania nazi con una metodología psicosocial; como mucho se podrá acceder a un conocimiento parcial de lo que ocurrió, utilizando la metodología retrospectiva que nos aporta la psiquehistoria. Este ejemplo, tomado entre otros, es válido para cualquier análisis o lectura de hechos históricos, tanto del pasado como de la más rigurosa actualidad, que siempre debe considerarse dentro del ámbito de lo histórico, ya que cuando se hacen interpretaciones psicopolíticas de los hechos, o de cualquier otro tipo, no dejan de ser ya pasado (Saramago, 2000).

Algo semejante a la psicologización de los hechos políticos, ocurre con el análisis de textos cuando se realizan fuera del contexto en que tuvieron origen. A esta fórmula suelen recurrir algunos especialistas que, tomando a veces una palabra aislada del texto, elaboran su propio discurso al respecto, para lo cual hacen no solamente análisis semánticos, sino que llegan hasta inclusive a hacer anagramas. No es que los anagramas no revelen cosas ocultas de la palabra tomada para anagramarla⁹. Solo se trata de que una palabra puede tener más de un anagrama y que el sentido de estos últimos pueden llegar a ser contradictorios con aquél que ha hecho suyos el autor de esta suerte de aventurismo intelectual de sillón.

Tampoco caben en el ámbito de la Psicología Política aquellos intentos que apuntan a investigar e interpretar las conductas, que únicamente son ideológicamente coherentes con la posición sustentada por el investigador. En este sentido, Arroyo en su libro *Introducción a la psicología política* de 1986, decía: "El individuo o los grupos sociales son entidades que desarrollan una conducta concreta política cuando adoptan determinadas actitudes relacionales y asumen objetivos orientados a la transformación del medio

donde viven" (pág. 15). Desde este planteamiento, es posible inferir que sólo se puede investigar aquellos fenómenos y conductas que están orientadas hacia el cambio, transformación o progreso. Es decir, que las conductas conservadoras, que pretenden mantener situaciones, carecerían de interés en el análisis psicopolítico puesto que no contienen ideológicamente una intención progresista. Desde la Psicología Política que proponemos, es objeto de estudio tanto la propuesta de Arroyo como su contrapartida, porque también en la acción conservadora hay una intención política que se acompaña con procesos psicológicos y psicosociales. Y éstos son, en última instancia, el objeto de estudio de la Psicología Política. Para que el propósito tenga éxito, es necesario que el investigador en psicología política realice lo que Bachelard (1979) llamó *su propia vigilancia intelectual*.

Solamente nos falta hacer una referencia al espacio en que se puede realizar esta Psicología Política de estilo "crítico". Entendemos que su espacio será todo aquel ámbito en que se haga un quehacer psicológico, ya sea educacional, laboral, organizacional, judicial, vocacional, etc.; la Psicología Política no tiene un espacio específico y absolutamente propio. Por esta razón, en todos los espacios donde se manifiestan las relaciones de poder, y donde se expresan sus contradicciones, no solamente entre los que mandan y los que obedecen, sino también en el interior de cada uno de los sectores¹⁰, son ámbitos de aplicación de ésta nueva forma de concebir la psicología. Quizá, en la actualidad, esto se vea mejor expresado formalmente –de manera acotada– en los trabajos que se vienen desarrollando sobre el tema de las violaciones a los Derechos Humanos, en particular los de Lira, Weinstein y Kovalskys (1987) y Parisi (1997, 1998, 2000); sobre la problemática de la antinomia entre la guerra y la paz (Ardila, 1986; Rodríguez Kauth, 1987 y 1989); como así también los referidos a los procesos de identidad nacional y alienación (Montero, 1984, 1987; Salazar, 1987).

Es evidente que éstos no son los únicos temas ni problemas que se están investigando en *nuestra* América. Desde México hasta la Argentina, pasando por El Salvador, Venezuela, Brasil, Colombia, Perú y Chile se está desarrollando el conocimiento psicológico de los procesos que acompañan a los fenómenos políticos, tal como ha pretendido ser nuestra propuesta en este trabajo.

Para cerrar los posibles equívocos acerca de la disciplina es necesario mencionar que la transformación de la Psicología Política científica en una especie de psicología asistencial pudo tener que ver la propuesta realizada en América Latina por M. Maritza Montero (1994) con su elaborado proyecto de Psicología Comunitaria, la cual es una aplicación de la Psicología Social al ámbito de la resolución de problemas entre los miembros de una

población. Ciertamente que Montero no cayó en la trampa de hacer "asistencialismo", pero cuando no se dispone de recursos ideológicos fuertemente asentados, es fácil caer en la sensiblería de la "ayuda" sin tener en cuenta las necesidades de base y el quehacer de los protagonistas que la reciben.

Algunas reflexiones y propuestas realizadas por jóvenes psicólogos de nuestro entorno son ejemplos ilustrativos de los efectos que puede tener la ausencia de recursos ideológicos consolidados. Es el caso del psicólogo argentino Bosco y sus formulaciones sobre la epistemología de la Psicología (Bosco, 1992, pág. 32), o la misma propuesta de otro psicólogo argentino –Puente– de definir el quehacer psicopolítico como una *tarea asistencial*. Ambos hacen propuestas originales, que nos obligan a salir de los moldes establecidos en los que solemos caer por inercia o comodidad intelectual. Sin embargo, las ideas originales y las nuevas formas de entender el quehacer psicológico necesitan una justificación para ser formuladas y consolidadas, aunque no tiene ni debe ser la justificación tradicional de la etapa científica de nuestra y otras disciplinas sociales.

¹ K. Marx (1847) hubiera hablado de alienación, en uno de los textos que se pueden considerar precursores de la disciplina.

² Que, como regla general, satisfacen los intereses del "poderoso" (García Lupo, 1983) y hacer la labor encomendada de la mejor manera posible, ajustándola al modelo impuesto/sugerido por los dirigentes metropolitanos de turno.

³ El sociólogo Pareto (1916) decía que ciencia e ideología eran incompatibles entre sí.

⁴ El término no es una reacción de los 70 al positivismo reduccionista científico, sino que, cien años antes, se utilizó en la filosofía brasilera, en la Escuela de Recife y, entonces, no tenía la connotación peyorativa de ahora.

⁵ Palabra que en algún momento fue muy peligrosa para la vida y la seguridad, pero que hay que rescatar en el léxico cotidiano, ya que es la que mejor representa a la oposición abierta al frente imperio capitalista.

⁶ En la actualidad se le llama globalización que, paradójicamente, no puede dejar de traer consigo su par dialéctico contradictorio, es decir, la fragmentación.

⁷ Educación, salud, seguridad, justicia y, fundamentalmente, mantener el equilibrio que la *mano negra* de A. Smith (1784) no es capaz de asegurar y, asimismo, la protección de los Derechos Humanos.

⁸ Al respecto, resulta increíble leer el análisis de Bydlowski, Guiton y Milkaud-Bydlowski (1970), dónde es posible encontrar un juego de disparates psicológicos en la lectura de hechos políticos, de tal magnitud como es la tortura.

⁹ Debemos señalar que los juegos polisémicos pueden poner una nota humorística que retire al lector del espacio acartonado de la lectura, pero no se los puede tomar más que como juegos.

¹⁰ Para Lasswell (1938) la política "*es el estudio de la influencia y de los que influyen*", a lo cual añado que también incluye a los influidos.

Referencias

- Abrales,H.(1970): La situación del investigador científico en la Argentina. *Envídeo*, Bs. Aires, Nº 2.
- Ardila,R.(1986): *El Impacto Psicológico de la Guerra Nuclear*. Catálogo Científico, Bogotá.
- Arroyo,J.(1986): *Introducción a la psicología política*. Ed. Mensajero, Bilbao.
- Bachelard,G.(1979): *El racionalismo aplicado*. Tecnos, Bs. Aires, 1981.
- Bettelheim,B. y otros (1943): *Psicología del Torturador*. R. Alonso, Bs. Aires, 1973.
- Bosco,C.(1992): Psicología Política. Consideraciones epistemológicas. *Boletín Arg. de Psicología*, Vol. 5, Nº 2.
- Bydlowski,R.-Guiton,M.-Milkau-Bydlowski,M.(1970): *La Tortura y el Torturador*. En Bettelheim, 1973.
- Caruso,I.(1971): Psicoanálisis, ideología y crítica de la ideología. *Actas II Congreso Arg. de Psicología Social*, Mar del Plata.
- Cosser,L.(1967): *Nuevos aportes a la Teoría del Conflicto Social*. Amorrortu, Bs. Aires.
- Díaz Guerrero,R.(1971): Paradigma para la enseñanza de la investigación psicológica en Iberoamérica. *Latinoamericana de Psicología*, Bogotá, Nº 1.
- Fernández Christlieb,P.(1987): Consideraciones teórico metodológicas sobre la psicología política. En M. Montero y cols.: *Psicología Política Latinoamericana*. Panapo, Caracas.
- Ferrater Mora, J.(1971): *Diccionario de Filosofía*. Sudamericana, Bs. Aires.
- Feuerbach,L.(1841): *Escritos en torno a la Esencia del Cristianismo*. Tecnos, Madrid, 1993.
- García Lupo,R.(1983): *El Plan Camelot*. C.E.A.L., Bs. Aires, 1983.
- Jiménez de Asua,L.(1947): *Psicoanálisis Criminal*. Losada, Bs. Aires.
- Kuhn,T.(1962): *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1971.
- Lasswell, H. D.(1936): *Politics: Who Gets What, How*. Mc Graw Hill, New York.
- Marx,C.(1847): *La Ideología alemana*. Pueblos Unidos, Montevideo, 1958.
- Marx,C.(1852): *La Lucha de Clases en Francia de 1848 a 1852*. Espasa Calpe, Madrid, 1953.
- Marx,C.-Engels,F.(1848): *El Manifiesto Comunista*. Anteo, Bs. Aires, 1986.
- Memmi,P.(1969): *Retrato del colonizado*. La Flor, Bs. Aires, 1971.
- Montero,M.(1984): *Ideología, Alienación e Identidad Nacional*. Universidad Central de Caracas.
- Montero,M. y otros: (1987): *Psicología Política Latinoamericana*. Panapo, Caracas.
- Montero,M.(1994): *Psicología Social Comunitaria*. Univ. Guadalajara, México.
- Pareto,W.(1916): *Escritos Sociológicos*. Alianza, Madrid, 1987.
- Parisi,E.R.(1997): Enfoque Histórico de los Derechos Humanos. *Rev. Extensiones*, México, Vol. 4, Nº 1 y 2.
- Parisi,E.R.(1998): La Experiencia de la Tortura en Argentina. *Rev. Iniciativa Socialista*, Madrid, Nº 51.
- Parisi,E.R.(2000): Los Curiosos Caminos de la Justicia. *Rev. Univ. Autónoma de Yucatán*, México, Nº 215.
- Parisi,E.R.(1999): Psicología Política Latinoamericana. *Psicología Iberoamericana*, México, Nº 2.

- Rocchini,P.(1991): *La Neurosis del Poder*. Alianza, Madrid, 1993.
- Rodríguez Kauth,A.(1972): Réplica al paradigma sobre la investigación psicológica en Iberoamérica. *Argentina de Psicología*, Bs. Aires, N° 10.
- Rodríguez Kauth,A.(1987): La Psicología Latinoamericana ante la Guerra Nuclear o la lucha por la Paz. En M. Montero y otros: *Psicología Política Latinoamericana*. Panapo, Caracas.
- Rodríguez Kauth,A.(1989): Los psicólogos y el Derecho de los Humanos a la Paz. *Política Internacional*, Belgrado, N° 941.
- Rodríguez Kauth,A.(1992): *Psicología Social, Psicología Política y Derechos Humanos*. Ed. Universitaria, San Luis, y Ed. Topía, Bs. Aires.
- Rodríguez Kauth,A.(1998): *Temas y Lecturas de Psicología Política*. Editores de América Latina, Bs. Aires.
- Rodríguez Kauth,A.(2000): Uso y abuso de las Encuestas de contenido político en "Nuestra" América. *Psicología Contemporánea*, México, Vol. 7, N° 2.
- Salazar,J.M.(1987): El latinoamericanismo como una idea política. En M. Montero y otros: *Psicología Política Latinoamericana*. Panapo, Caracas.
- Sartre,J.P.(1943): *El ser y la nada*. Losada, Bs. Aires, 1960.
- Smith,A.(1784): *La Riqueza de las Naciones*. Alianza, Madrid, 1994.
- Sánchez Moreno,E.(1996): Psicología de la Política Española. *Iniciativa Socialista*, Madrid, N° 41.
- Saramago,J.(2000): Discurso Universidad de Salamanca. *Casa de las Américas*, Habana, N° 220.
- Trejo Pérez,Z.-Sánchez Moreno,E.(1999): Individuo y sociedad: la aportación de I. Martín-Baró. *Psicología Iberoamericana*, México, N° 3.
- Weber,M.(1929): *El Político y el Científico*. Alianza, Madrid, 1967.

Angel Rodríguez Kauth es profesor de Psicología Social y Director del Proyecto de Investigación *Psicología Política*, en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de San Luis, Argentina. Recientemente ha publicado *El Discurso Político: La caída del pensamiento*. Universidad Nacional de San Luis. Avda. Ejercito de los Andes 950-5700, San Luis. Argentina.